

IZASKUN BILBAO BARANDICA

CONCERTADOS

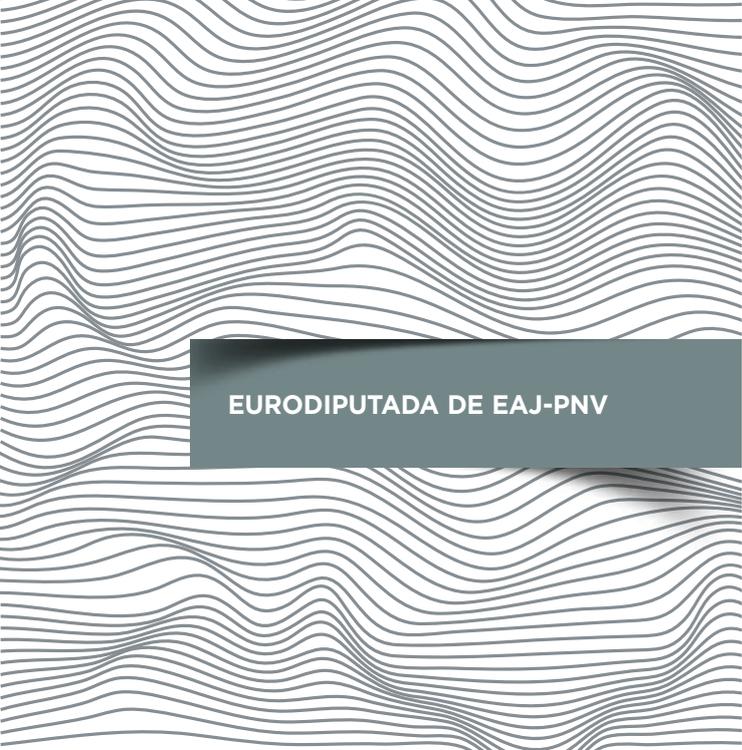
Quiero asomarme a este número especial de *Hermes*, que celebra su centenario como soporte del pensamiento del nacionalismo vasco institucional, reflexionando sobre la íntima conexión que tiene con la construcción europea el proceso de consolidación, en este ámbito, de la nación vasca. Creo que es imprescindible porque podemos ser, debemos de ser si acertamos, punta de lanza en la construcción de un modelo de identidad y co-soberanía, de unas instituciones y de un modo de integrar, de sumar propios del futuro. De lo que, para todo federalista europeo, y nosotros lo somos, debe de ser nuestra Unión: un espacio que resulte de la suma voluntaria, consciente, responsable y comprometida de todos sus miembros.

La historia ya nos colocó, en la década anterior a la firma del Tratado de Roma, en esta tesitura. La participación del EAJ-PNV en el Congreso de La Haya o en los Nuevos Equipos Internacionales y los procesos de reflexión intelectual o política que dieron origen a obras como “La

causa del pueblo vasco” del Vicelehendakari Francisco Javier de Landaburu nos ayudaron a entender, integrar y construir sobre este principio federalista que tiene un reflejo coherente en nuestra arquitectura institucional. Vive también en las propuestas que tanto los líderes de nuestro partido como nuestras principales figuras institucionales están apadrinando en el debate que va a conducir a la reforma del Estatuto que organiza hoy nuestras relaciones con el estado español y por ende con las instituciones comunitarias.

En aquella primera etapa del debate sobre el futuro de Europa, entonces casi el mundo, y el encaje de Euskadi en él dos fueron las principales aportaciones vascas a la idea de Europa que propugnaron los “padres fundadores”. Por una parte esa idea de unión en la diversidad entendiendo ésta como toda la diversidad institucional, cultural e identitaria presente en Europa. La otra la profunda vocación social que aportaron figuras como la del lehendakari Agirre a aquellos planteamientos teóricos que ayudaron a gestar el Tratado de Roma. Ambas aportaciones no fueron fruto de la casualidad.

La cultura del acuerdo, de la cooperación entre diferentes, permitió sumar voluntades en el primer Gobierno Vasco



EURODIPUTADA DE EAJ-PNV

del lehendakari Agirre en el que todos sus miembros aprendieron lecciones imborrables sobre lo que significa la imposición y la negación de la identidad, la entidad y los derechos del otro. Por esa vía y desde la experiencia adquirida en años de exilio se contribuyó a acuñar la idea de la “Europa de los Pueblos” que ha fraguado en el lema “unidos en la diversidad” que hoy nos parece tan sugerente. Una renovada visión sobre los conceptos de identidad y soberanía hacia la que debemos caminar si queremos y nos creemos de verdad que solo a nivel global podemos enfrentar con éxito los problemas globales.

Igual de interesante es la profunda vocación social de las aportaciones vascas a la construcción europea. El lehendakari Agirre, como consejero de la empresa familiar “Chocolates Bilbaínos (Chobil)” implantó en la década de los 30 del siglo pasado reformas como la asistencia médica gratuita en la empresa, las vacaciones remuneradas, la promoción de viviendas sociales, la participación de los trabajadores en los beneficios económicos y el destino de una parte de los mismos a una especie de “obra social”. En palabras de Santiago Aznar, Secretario General de la UGT de Bizkaia hasta el advenimiento de la Segunda República, “Aguirre estaba por delante del derecho laboral hasta tal punto que, en esta empresa familiar, aplicaba

normas sociales que constituían una auténtica revolución en aquella época”. Hoy, en muchas partes del mundo, estas prácticas seguirían estando por delante de las que se aplican en muchísimas empresas.

**SI SE MANTIENEN LAS
POLÍTICAS DE AUSTERIDAD
COMO ÚNICA RECETA PARA
COHESIONAR LA ZONA EURO
Y EL ANTICUADO MODELO
DE ESTADO NACIÓN COMO
ÚNICO AGENTE DE LA UNIÓN
CAMINAMOS A MARCHAS
FORZADAS HACIA LA
IRRELEVANCIA**

Pongo en valor estos conceptos porque “atzokoan finkatuz gaur biharkoa bul-tzatu”, nos toca ahora volver a insistir en ellos, en un contexto en el que vamos a decidir si queremos jugar como vascos y en consecuencia europeos un papel en el mundo. Porque si se mantienen las políticas de austeridad como única receta para cohesionar la zona euro y el anticuado modelo de estado nación como único agente de la Unión caminamos a marchas forzadas hacia la irrelevancia. Un peligro acelerado por olas de cegato populismo e ignorantes tentaciones de proteccionismo. Un camino que puede conducirnos a la pobreza, la marginación y quizá la desaparición de Europa como el referente de democracia y protección social que todavía somos en el mundo.

La primera parte de la receta pasa por poner la política, las instituciones y la acción pública al servicio de las personas. Como dijo acertadamente el lehendakari Urkullu, rescatar personas, devolver ese sentido social a la política. Como la que convertía en hechos y aportó al modelo

europeo el lehendakari Agirre. Eso en términos de construcción nacional implica entender que no hay nación que se construya sin cohesión, sin ciudadanía y sin sociedad. Si hoy somos nación, si hoy tenemos identidad, buena parte de nuestro reconocimiento exterior tiene que ver con las cifras que dibujan el modelo vasco de desarrollo humano que hemos aplicado en treinta años de autogobierno. Una realidad que percibe y quiere mantener y preservar el grupo social, las vascas y los vascos, que se ha conjurado para construirla. Persistir en las próximas décadas en los valores y estrategias que la sustentan, progreso económico con progreso social, es la condición necesaria para seguir siendo, mañana, nosotras y nosotros.

LOS MUROS NO SON LA RESPUESTA A LA INSEGURIDAD QUE PLANTEAN NI LA COMPETENCIA GLOBAL, NI EL CAMBIO CLIMÁTICO O LAS CRISIS DE REFUGIADOS E INMIGRANTES QUE NOS RECUERDAN LA QUIEBRA DEMOCRÁTICA, ECONÓMICA Y SOCIAL QUE FRACTURA EL MUNDO EN QUIENES VIVIMOS Y QUIENES TRATAN DE SOBREVIVIR

La segunda premisa que necesitamos como país es ser, también en el ámbito de la identidad y la soberanía, coherentes con nuestra historia y tan innovadores en lo político como lo es la sociedad de la que formamos parte en tantos aspectos de su realidad económica y vital. Es hora de decir alto y claro que quienes jamás vivimos de gestionar fronteras, quienes llamábamos a celebrar nuestro Aberri

Eguna, nuestra fiesta nacional ya en 1933 invocando a Europa, no añoramos los muros que algunos proponen. No son la respuesta a la inseguridad que plantean ni la competencia global, ni el cambio climático o las crisis de refugiados e inmigrantes que nos recuerdan la quiebra democrática, económica y social que fractura el mundo en quienes vivimos y quienes tratan de sobrevivir.

Los muros no nos van a devolver un mundo más limpio, en el que la economía circular nos cambie los paradigmas de crecimiento, mejore la fiscalidad y los hábitos de consumo. Los muros no repartirán mejor la riqueza. Porque los muros para empezar no facilitan que todos podamos jugar en el mercado en las mismas condiciones, ni permiten que la innovación, la incorporación del talento juvenil sean más importantes para competir que las condiciones en las que accedemos a la energía o al dinero. No fabrican justicia social. Y no impiden que respiremos el humo de todos los incendios que asolan el mundo, por lejanos que parezcan en los telediarios.

La globalización ha cambiado las reglas del juego. La tecnología acelera y profundiza estos cambios día a día. Nuestras dinámicas internas también. Una Europa envejecida, acomodaticia y por ello perpleja percibe ahora que las cosas han cambiado mucho a su alrededor. Lo que llamábamos tercer mundo, un lugar del que se extraía riqueza y renta en forma de materias primas, aspira a vivir como nosotros. Mientras lucha por conseguirlo, nuestra prosperidad convive con unos niveles de pobreza y violencia en distintos países que animan a muchos a encontrar aquí un futuro. Es la suya una apuesta a doble o nada como todas las que empuja la desesperación y está llenando el Mediterráneo de cadáveres.

Nuestras industrias tradicionales compiten con sectores subsidiados, contaminantes, con regiones del mundo que viven unas condiciones laborales que nos parecen hoy propias de nuestra primera revolución industrial. Son sin embargo allí

mucho más de lo que había. La población mundial crece, la esperanza de vida también. Esta evolución acogota nuestro planeta finito con progresiones geométricas, supresión de “con nubes de humo” con impactos en el clima, que nos obligan a repensar qué significa crecimiento. Y estos son retos globales, a los que ninguno de los países que forman la Unión puede responder en solitario. Euskadi tampoco.

LA ALTERNATIVA ES UNA VERDADERA SOBERANÍA EUROPEA. ENTENDER QUE LOS ESTADOS COMO NACIERON EN EL XIX Y ERAN EN EL SIGLO XX NO SIRVEN PARA EL MUNDO GLOBAL. QUE ES DISTINTO UNIÓN, LA ADHESIÓN VOLUNTARIA Y CONVENCIDA, QUE UNIDAD, ESA URGENCIA OBLIGATORIA QUE ANIMA EL PELIGROSO PENSAMIENTO ÚNICO

La alternativa es una verdadera soberanía europea. Entender que los estados como nacieron en el XIX y eran en el siglo XX no sirven para el mundo global. Que es distinto unión, la adhesión voluntaria y convencida, que unidad, esa urgencia obligatoria que anima el peligroso pensamiento único. Que la identidad que uno sienta, que el idioma que hable, la cosmovisión que perciba construye, suma, aporta. Que las fronteras que en Europa aún paralizan muchas iniciativas no impidan modelos de cooperación, desarrollo y especialización inteligente que nacen de sinergias que son, hace mucho, transfronterizas. Que necesitan del apoyo cercano y a la carta de quienes mejor las entienden. Que se atragantan con los esquemas antiguos, cerrados, uniformizadores

y autoritarios que habitan en demasiados ministerios.

Y en ese marco en el que lo global es grande para los estados y lo local les queda tan lejos, habita nuestra oportunidad. Mejor contribuir a poner en marcha lo que tiene que ser la identidad y la soberanía del siglo XXI que tratar de clonar modelos fallidos. Nuestro modelo de pacto, gestión y corresponsabilidad, cuya base es la filosofía, el alma, el tuétano del Concierto Económico o el Convenio Navarro, nos ofrecen una valiosísima pista. Por eso mismo interesan en Europa. Este singular ejercicio de federalismo fiscal se ha mostrado un eficaz agente de empoderamiento local, ese ámbito en el que la proximidad resulta determinante para animar la economía de verdad, la productiva. La corresponsabilidad incorpora un más que razonable y efectivo antídoto contra el déficit y la deuda y se revela como un interesante remedio contra los escándalos que conocimos a través del “Lux Leaks”, especialmente en lo que se refiere a la existencia de una presión fiscal global efectiva idéntica y el principio de que los beneficios tributen en dónde se obtienen. También parece prevenir la corrupción. Es una escuela para la negociación, un catalizador del diálogo y un productor de acuerdos que, hasta el momento, ha durado más de un siglo.

Es en definitiva una herramienta capaz de hacer operativo el respeto hacia la identidad y la entidad del otro. Un instrumento efficacísimo para reconocer y asumir los ámbitos en los que tenemos que actuar en local pensando en global. Un exigente maestro que nos ha enseñado que nos va la vida en acertar también en nuestro propio espacio, la especialización inteligente, las sinergias con lo próximo, la traducción a nuestro tejido social y educativo de políticas que nos permitan seguir prosperando, repartiendo y aportando. La construcción europea, el futuro, necesita herramientas que propicien sumandos así: reconocibles, eficientes, cohesionados, con un proyecto sólido. Concertados. El verbo de moda en la próxima década.